CULTURA

Devolver la voz a las «Mujeres invisibles»

El Centro Párraga acoge una exposición de fotopoesía de Mar Sáez e Idoia Arbillaga

Ana Martínez G.

MURCIA-Devolver la voz a las mujeres que todavía sufren abusos en el siglo XXI y dotar de visibilidad a las féminas condenadas a la invisibilidad. Estos son solo algunos de los objetivos de la fotógrafa y periodista de LA RAZÓN, Mar Sáez y de la poeta y columnista de este diario, Idoia Arbillaga. Intenciones que estas dos autoras han volcado en sus «Mujeres invisibles», la exposición de fotopoesía que hoy abre sus puertas en el Centro Párraga de Murcia y que se podrá descubrir hasta el 13 de octubre.

Se trata de una muestra que se centra en el carácter performativo y cultural del cuerpo de la mujer. Esta exposición es el resultado de la colaboración entre estas dos creadoras, que abordan a través de la construcción de metáforas e imágenes de gran impacto visual, situaciones en las que las mujeres son víctimas de la objetualización, discriminación o violencia. Una denuncia, argumentada a través de las herramientas del arte, de problemáticas que todavía lastran el cuerpo de la mujer.

La fotógrafa utiliza en sus instantáneas recursos como la envoltura en plásticos o la ocultación del rostro, deslizando un lenguaje sutil que establece contrastes entre la envoltura y la desnudez, la opacidad y la transparencia de los cuerpos, una serie de paradojas que aluden al significado de la piel como frontera con el mundo. Como señala la crítica de arte Luz Gilabert «Mujeres invisibles nos presenta, a través de la palabra y la imagen, una interesante propuesta artística que encierra la dialéctica femenina e incide en la dualidad cuerpo y alma de la mujer ante el siglo XXI: esa 'hembra sostenedora' todavía hoy objeto de infinidad de ataduras, desigualdades e injusticias que se reflejan en los escorzos de las composiciones fotográficas de Sáez y en el sentimiento desgarrador de los poemas de Arbillaga».

En esta exposición se descubre a la fémina oprimida por creencias e ideales que limitan su contorno físico y espacio mental. Su cuerpo desnudo implica siempre un ser; símbolo de lo humano y liberalizador del yo que, en ocasiones, es cubierto con adornos y otros materiales para impedir la libertad natural que toda mujer posee. «Mientras el silencio estático de las figuras se rompe a gritos por el movimiento rítmico de los versos que adentran al espectador en el mundo hostil y artificioso donde viven y luchan invisiblemente las protagonistas de esta historia», añade Gilabert. «La mirada y la comprensión del otro les permite reivindicar un nuevo lugar y despertar la conciencia de una sociedad ajena a su represión». Sin duda, esta original iniciativa es «un canto a la vida y a la libertad violada», concluye.

Mar Sáez

«Identidad», fotografía de Sáez. En la parte inferior el poema de Arbillaga que la acompaña

Mar Sáez

«La huida», otra de las fotografías de Mar Sáez que ha poetizado Idoia Arbillaga

IDENTIDAD

Contra el muro.

Las gemelas arden
en mística fogata;
yo soy el fuego,
yo soy el humo.

Entonces miro
-hacia dentro el ramaje-,
desde la linde
de la oscuridad.
Y me veo.
Una figura borrosa,
el esbozo de una sombra.
Avanzo hacia mí entre brumas.
En la espesura unos corzos azules
gotean la sangre del silencio.

Allí dentro estoy,
esperándome,
sombra de mi sombra.

Una hojarasca húmeda
deviene lecho de recuerdos,
se abren como las flores
al salfumán.

Inverosímil figura
de fusión.

Ya soy.

OPINIÓN

IRREFLEXIONES

Pedro Alberto Cruz

Limitados

Una de las facultades que tiene la mente humana, por poco desarrollada que se encuentre, es la de conocer cuáles son sus límites, hasta dónde puede llegar sin forzar la máquina y provocar el accidente fatal, y hasta que punto se encuentra capacitada para emitir juicios sobre lo que no domina. Esta capacidad de reconocimiento se constituye en verdad incontestable cuando cada uno se enfrenta consigo mismo delante del espejo.

Nadie es capaz de engañarse –con la excepción de los enfermos mentales-, de verse alto, rubio y con los ojos azules cuando es un cardo borriquero; de considerarse Velázquez siendo un pobre menestral sin licencia, o creerse Dante si necesita de un canuto para hacer la <<o>>. Pero, una cosa es la realidad íntima, la versión cierta de lo que se es, y otra la apariencia externa, la que se exhibe en el corral de la vida social, lleno de tantos falsos gallos, de tantos gansos disfrazados, que es difícil no caer en la tentación y ponerse también la máscara, simplemente para sobrevivir.

Y esta feria de las vanidades, este carnaval de los despropósitos, es aprovechado por los ineptos, los limitados que tratan de «borrar» su realidad limitada, y por los que *sin ser más que nada* se presentan a sí mismos abundantes, únicos, exclusivos, imprescindibles, y necesarios para una sociedad que sin ellos no sería capaz *de pensar*.

A todos estos botarates –porque quieren vivir del autoengaño imposible-, a todos estos *limitados*, aparte de su nivel de incompetencia, les mueve la envidia, el odio, el rencor, mezclados en una especie de insania incurable, cuando catalogan, juzgan, insultan, difaman, calumnia y degradan a los que no se engañan, a los que saben lo que son y no lo ocultan, a los que con su trabajo les hacen ver sus miserias, la pobreza de sus vidas y la farsa que representan. Ellos son el espejo que sí pueden romper, y a ello dedican sus fuerzas esta pandemia social de limitada capacidad.